

## INTRODUCCIÓN

Da Goethe por origen de esta tragedia un compromiso de sociedad. Tratábase de un juego de prendas, en el cual á cada caballero tocaba por mujer una señorita, y habiéndole favorecido á él la suerte con Ana Sibila Münch, hízole y cumplióle la promesa de escribir, en el término de ocho días, un drama tomado de la recién leída cuarta Memoria de Beaumarchais, publicada á raíz de su condena, y que se había extendido rápidamente por Europa. No parecen estar completamente de acuerdo, si se atiende á la opinión de los entendidos en estas minuciosidades, el juego de prendas y la publicación de la Memoria, siendo ésta unos meses posterior; pero como quiera que ello sea, por una parte, el drama estaba escrito el mismo año de 1774, y, por otra, preciso era cohonestar de algún modo, siquiera fuese por una sorpresa de impresionismo literario, el olvido, la caída de quien da esta producción baladí al público, que todavía está saboreando su gran *Goetz de Berlichingen*.

Dolorosa fué la impresión causada entre los entusiastas del gran poeta. Hubo en Weimar quien lloró en si-

lencio, y aun ruidosamente. Advertía Boss en Göttinga que «era bien necesario pusiese Goethe su nombre al principio de la obra, porque en ella se desconocía por completo al autor de *Goetz*.» Jung Silling no reconocía tampoco á Goethe en este trabajo, y en aquellos mismos días (14 de Agosto) sostenía Wieland, que sin dificultad podía probarse con *Clavijo* que Goethe no era, ni con mucho, el hombre admirable que se había creído.

Por su parte Goethe daba explicaciones á sus amigos ausentes de cómo había sido su intento dramatizar, con la mayor sencillez y sinceridad posibles, una anécdota moderna. Decíales que gustaba de las Memorias de Beaumarchais, por cuanto despertaban en él fuerzas juveniles románticas, y hallando hechos y rasgos de carácter, amalgamados con su propia manera de ser, había resultado su *Clavijo* tal, que desafiaba al más afilado cuchillo de la crítica á que cortase los trozos traducidos á la letra de la Memoria de Beaumarchais, sin destrozar, no ya la historia y el asunto, sino la estructura de la obra. Con efecto; toda la conversación del segundo acto entre Beaumarchais y Clavijo es traducida literalmente, y claro está que sin ella no habría asunto ni factura posible. Los otros actos no le deben nada al intrépido francés; la terminación es enteramente distinta á la que el episodio tuvo, y el carácter de Clavijo opuesto, en el fondo, al del personaje real.

Beaumarchais tenía dos hermanas en Madrid, casada la una de ellas con un arquitecto. Trájele á España, en

tre otros asuntos, que á éste sólo no venía, el deseo de rehabilitar á la más joven, burlada y engañada por Clavijo, cuyas circunstancias, modo como principió su carrera, historia de sus compromisos con Mlle. Caron (1), etcétera, están con bastante fidelidad explicados en la citada conversación del segundo acto. Tan hábilmente supo habérselas con Clavijo, que obtuvo de él, desde luego, una declaración, en virtud de la cual quedaba su hermana rehabilitada por completo. Pero á su vez Clavijo supo engañarle, y de tal manera lo consiguió, con su fingido arrepentimiento, que abogó por él con su hermana para que lo perdonase y aceptase por marido, rompiendo nuevos, ulteriores compromisos que explica de la manera siguiente en una de sus cartas: «Me he encontrado á mi hermana casi casada con Durand, pues en el descrédito en que la pobre muchacha creía haber caído, el primer hombre honrado que la quería, era para ella un Dios.» Mientras tanto, Clavijo trabajaba bajo cuerda para perder al francés, entreteniéndolo el tiempo con su fingida sumisión, hasta que las cosas llegaran á punto de prenderlo. Súpolo Beaumarchais en sazón oportuna para desbaratar la cábala, y furioso, poniendo de nuevo en juego toda su energía, su habilidad y sus buenas relaciones, consiguió llegar hasta el mismo rey, y haciendo uso de la declaración,

(1) Beaumarchais no se llamó así hasta que cumplió veinticinco años: llamábase Pedro Agustín Caron, y era hijo de un relojero de este nombre, antiguo y valiente militar. El primer oficio de Pedro Agustín fué también el de relojero.

tan denigrante para quien la había escrito, consiguió la deposición de Clavijo y su descrédito. Gloríase de esto en una carta escrita á su padre, en la cual, al par que la satisfacción propia, se deja ver cierta commiseración por el traidor abatido. Dice: «El fatuo de Clavijo se las tenía tiesas, diciendo que su empleo no estaba concedido y cobraba el sueldo en secreto. Habló demasiado, llegó á mis oídos y se cambió en indignación mi lástima; ahora el empleo ya está dado, y no le queda más remedio que hacerse capuchino y dejar el país. Hundido está por completo, pero me ha vuelto la compasión, desgraciadamente inútil para él.»

La satisfacción y el entusiasmo del padre de Beaumarchais al recibo de estas nuevas, no tiene parecido. «¡Con qué delicia—escribía—saboreo la dicha de ser padre de un hijo cuyas acciones coronan tan gloriosamente el fin de mi carrera!» Y más lejos decía, refiriéndose á una carta de la condesa de Fuen-Clara: «La habéis encantado, no acaba de hablar de su placer por haberos conocido, de su deseo de servirlos y de su alegría al ver que *todos los españoles aprueban y alaban vuestra acción con Clavijo.*»

Algo habría que depurar en esto, y no fué tan unánime aquella aprobación que careciera de defensores Clavijo, ni aun que no se tuviera por falsa y calumniosa la narración de estos hechos, publicada diez años después por Beaumarchais, en su cuarta Memoria. Las citadas cartas y muchos documentos de familia, conocidos más tarde, vinieron á certificar la veracidad de los

hechos. Como quiera que sea, muy eficaz debió ser la defensa sustentada por tal campeón. Joven, bien parecido y apuesto, lleno de ingenio, con las dotes todas que hacen á una persona buscada y deseada en sociedad, muy bien relacionado y con mucho dinero que manejar, fácil debió serle enseñorearse de la opinión pública y engalanarse con el prestigio del buen éxito. Un año estuvo Beaumarchais en Madrid; pero el incidente de Clavijo sólo le ocupó una parte mínima de este tiempo: entregado á los negocios más complicados y atrevidos, en medio de los placeres á que le brindaba siempre la sociedad elegante, donde él se encontraba en su centro, no descuidaba sus obras de imaginación; aquí *vivió* su Fígaro y su Conde de Almaviva, y aquí dejó cimentada la parte más brillante de su gloria literaria. José Clavijo, vencido en la demanda, hubo, pues, de sufrir muchas amarguras, muchas heridas de amor propio y debió serle muy negra y muy fría la sombra en que se escondía, comparada con el resplandor, el calor de vida y de atracción que difundía la personalidad venturosa de su enemigo. Entre los sinsabores de Clavijo no incluimos el de verse en la escena como héroe dramático, atravesado por vengadora espada, pues Goethe lo idealizó mucho, quitándole la responsabilidad de toda traición, haciéndolo uno de esos seres indecisos, medio grandes, medio pequeños, seductores y seducibles en grado superior, vencidos siempre en la lucha por el elemento que halaga sus pasiones: una especie de Weislingen, en fin.

Cualquiera que la opinión en Madrid hubiese sido acerca de estos asuntos, desfavoreció á Beaumarchais fuera de España el tono de alabanza propia con que narró, de modo por todo extremo dramático, estas cuestiones. Preséntase él lleno de intrepidez, de inteligencia y de habilidad, para sorprender á Clavijo: más tarde, confiado y generoso, intercede por él con su hermana, respondiendo de su sinceridad, y cuando halla su buena fe sorprendida, vuelve á ser terrible en su energía, cierto en su venganza y siempre *sans peur et sans reproche*, mientras que todos los colores sombríos son pocos para ennegrecer la duplicidad, la falsedad, la bajeza y la pequeñez de su adversario. No se infringen nunca impunemente las reglas que están fundadas en la verdad absoluta, y esta de la propia alabanza es una de ellas, aunque no lo parezca á primera vista. No es el amor propio ajeno, ni la modestia propia, ni otra porción de modalidades, que hicieron ya su camino, lo que se lastima; es que nadie ha podido nunca, ni puede, ni podrá juzgarse á sí mismo, y al tratar de hacerlo, se ofende el sentimiento de la equidad general y se anula el propio. Como Goethe no podía incurrir en la falta de buen gusto, que es, en casos como éste, lo primero que á la vista salta, supo desde luego evitarla haciendo de Clavijo un personaje sincero, con lo cual, sin menoscabar el carácter caballeroso de Beaumarchais, consiguió el efecto que éste no había alcanzado, guardando así, además, las consideraciones debidas á personajes que aun vivían. El resorte de que se valió para conseguir

su objeto; el amigo cauto, influyente en el ánimo de Clavijo, apaciguador de sus escrúpulos y espoleador de sus ambiciones, está tomado del natural, y no es otro, al menos en sus rasgos más salientes, que su propio amigo Merk, y las reflexiones y argumentos de que hacía uso para disuadir á Clavijo de sus amores y de su extremada sensibilidad, debían tener muchos puntos de analogía con los empleados con el mismo Goethe, muy comprometido, por aquella época, en las relaciones con una mujer de constitución consumptiva, y además cargada con la obligación de un oficio manual. No puede tomársele á mal á un amigo sus esfuerzos vigorosos, por salvar de la estrechez de una condición limitada á un alma creada para volar en altas, dilatadas regiones, aunque en estos esfuerzos y empujes salga tal vez lastimado un tercero. Goethe sintió muchas veces en su vida este género de conflictos entre las afecciones á que le obligaban su condición tierna y sensible, y su vocación de grande hombre independiente. Quizás la necesidad de desprenderse de uno de estos sentimientos, objetivándolo, según su costumbre, hizole, más bien que la novedad literaria de Beaumarchais, dramatizar el asunto de *Clavijo*, y si consiguió su objeto, quedándose libre de sus torturas internas, al darles forma exterior, habría dado por bien empleadas las censuras de la crítica, los duelos de sus amigos, y hasta las dudas de muchos acerca de si sería ó no el hombre admirable que habían creído: él se sentía y se bastaba.

José Clavijo, el auténtico, llegó á ser, andando el tiempo, un literato distinguido y un buen naturalista. Tradujo al español las obras de Buffon, redactó el *Mercurio histórico y político*, y murió en 1806, siendo Director del Museo de Historia Natural.

Mlle. Caron se casó en París.

## PERSONAJES

---

CLAVIJO, archivero del rey.

CARLOS, su amigo.

BEAUMARCHAIS.

MARÍA BEAUMARCHAIS.

GULBERT, marido de

SOFÍA BEAUMARCHAIS.

BUENCO.

SAINT-GEORGES.

La escena pasa en Madrid.

## ACTO PRIMERO

---

Casa de Clavijo.

CLAVIJO. CARLOS.

CLAVIJO (levantándose de la mesa de escribir).—La página hará gran efecto; tiene que enamorar á todas las mujeres. Dime, Carlos: ¿no crees que mi Semanario es, en la actualidad, uno de los primeros de Europa?

CARLOS.—Por lo menos, los españoles no tenemos otro autor moderno que reuna al vigor del pensamiento, á tan florida imaginación, tal brillantez y ligereza de estilo.

CLAVIJO.—Tú déjame á mí. Llegaré á ser el creador del buen gusto en este país. Los hombres son aptos para recibir todo linaje de impresiones. Tengo entre mis conciudadanos nombradía y fama, y, sea dicho entre nosotros, mis conocimientos se ensanchan cada día, mis sentimientos se depuran y adquiere mi estilo más verdad y energía.

CARLOS.—¡Bien, Clavijo! Sin embargo, si no me lo tomases á mal, te diría que me gustaban más tus obras